

Ellacuría constructor de Paz. *Carlos Ayala*

■ Pág. 6

¿Cómo celebrar los acuerdos de Paz?

José María Tojeira ■ Pág. 7



16 de enero en El Mozote

■ Pág. 8

Discurso del Presidente Mauricio Funes

■ Pág. 10

El Mozote: verdad, justicia y reparación.

Carlos Ayala

■ Pág. 12



Crónicas de Guerra. Historias prohibidas. Vida, pasión y muerte del Coronel Monterrosa

■ Pág. 13

En qué hemos fallado. *José María T.*

■ Pág. 14

El juego del quita y pon. *YSUCA*

■ Pág. 15

Homenaje a Gustavo Gutiérrez

■ Pág. 16

¿Y nuevamente elecciones?

Mauricio Iraheta

■ Pág. 18

Salmo de *Juan Bruno Monje*, Arcatao

■ Pág. 19



Contraporta

Miguel Cavada Diez murió el domingo 6 de febrero de 2011, después de 4 años de penosa enfermedad. Y ese mismo día se convirtió en buena noticia, porque sigue y seguirá produciendo vida y esperanza.

Las Iglesias y los Acuerdos de Paz

El 11 de enero se reunieron el obispo Medardo Gómez de la Iglesia luterana, el obispo Martín Barahona de la Iglesia Episcopal, Monseñor Gregorio Rosa obispo de la Iglesia católica y los Padres Tojeira y Sobrino para tocar el tema que da nombre a este artículo. Publicamos las palabras de Jon Sobrino.

Es importante evaluar lo que las Iglesias han hecho en los últimos 20 años, pero para encaminarnos bien hacia el futuro hay que regresar a los setenta donde comenzó una época excepcional en el país. Desde la experiencia de estos años quisiera decir unas palabras sobre qué pueden y, en mi opinión, deben hacer las iglesias en favor de la paz. Para ello analizaré las tres ideas que aparecen en el título.

1. El cristianismo de las iglesias, una fuerza personal y social

Las Iglesias son fuerzas sociales específicas. Por un lado, a diferencia de otras, se remiten a algún tipo de ultimidad absoluta, entre nosotros "Dios" Y en esto consiste formalmente lo religioso. Pero lo hacen a través de las dimensiones fundamentales de lo humano. Y estas configuran, de una u otra forma, todos los ámbitos de la sociedad.

Me fijaré en las iglesias cristianas, pues son las que hemos sido convocadas, y porque el cristianismo, en sus diversas confesiones, es la "religión" que más ha influido en nuestra época. Me referiré al cristianismo de Monseñor Romero, no por que sea cristianismo un "católico", sino porque, valga la redundancia, es un cristianismo cristiano y salvadoreño. En él caben los mártires, las comunidades de base, los pastores de los pobres, la teología de la liberación, y muchas otras cosas de muchas iglesias cristianas. Ese cristianismo dio una respuesta determinada a las preguntas fundamentales de los seres humanos, y ayudó a configurar a personas y grupos sociales. Veamos qué respuestas dan las iglesias con ese cristianismo.

¿Qué puedo *saber*? Es la *doctrina*. Que Dios es un Dios de vida, liberador de los oprimidos, cuya gloria es que el pobre viva. Y es un Dios crucificado. Jesús de Nazaret es su sacramento en la historia.

¿Qué tengo que *hacer*. Es la *praxis*. Justicia para bajar de la cruz a un crucificado y resucitarlo para la liberación. Es el seguimiento de Jesús.

¿Qué *nos debe mover*? Es la *espiritualidad*. Espíritu de compasión en contra de la indiferencia, de verdad en contra de la mentira, de entrega en contra del egoísmo. Hasta dar la propia vida en el martirio.

¿Qué me está permitido *esperar*. Es la *utopía*. Revertir la historia con

todos los pobres y oprimidos. “El nuevo cielo y la nueva tierra”, de Isaías.

¿Qué puedo *celebrar*. Es el *culto* y la liturgia. El vivir y caminar con otros, y juntamente con los de abajo. Muy especialmente, celebrar la vida y el amor de los mártires, individuales como Romero y colectivos como El Mozote.

Poniendo todo esto junto, con limitaciones, errores y pecados, el cristianismo fue una vigorosa fuerza humanizadora en los setenta y ochenta. Tuvo un inmenso impacto social y acompañó al pueblo que buscaba su liberación, soñada en definitiva como la paz “shalom”. No fueron pequeños los costos, los agravios y la persecución. El cristianismo se hizo más cristiano, y más salvadoreño.

En los últimos 20 años ha cambiado la afiliación a las iglesias cristianas, y el cristianismo mencionado. Y en mi opinión ha decaído. Ha sido sustituido por otro más centrado en la espiritualidad individual interiorizada que en la espiritualidad abierta a la realidad salvadoreña con sus esperanzas y tragedias. En celebraciones más devocionales que de reflexión bíblica, más lúdicas y de menor compromiso que creativas y comprometidas.

En mayor o menor medida hay un distanciamiento del Jesús de Nazaret concientizador, parcial hacia los oprimidos, denunciador de todo tipo de opresiones y firme hasta el final. Hay un distanciamiento de las comunidades de base, es decir, que surgen de la base del pueblo sufrido y comprometido que lucha por la liberación. De ahí, las nuevas formas de, música, afiches, publicaciones, que ignorando la rica tradición salvadoreña y latinoamericana.

Conclusión. La religión, el cristianismo, las iglesias, puede ser de pobres y seguidores de Jesús. Pero puede dejar de serlo. Y eso afecta a la paz.

2. Al servicio de qué “paz” debe estar el cristianismo

En los setenta, en la iglesia católica, la luterana y otras, los cristianos trabajaron por la justicia en contra de la injusticia, por el reino de Dios en contra del antirreino, por la liberación en contra de la opresión. En un momento dado trabajaron, por poner fin a una guerra trágica y cruel como todas, como lo vieron minorías nobles. También inútil, pues, aun considerada como mal necesario, no conducía a ningún bien previsible, como lo vieron pragmatistas sensatos. Y sin expectativa de triunfo para ningún bando, como lo vieron los clarividentes.

Había que poner fin a la guerra, no sólo por razones abstractamente cristianas, sino por razones humanas muy concretas. Hay que recordar la lucidez y los esfuerzos de Monseñor Rivera e Ignacio Ellacuría. Y antes, los de Monseñor Romero en tiempo de opresión y represión más unilateral, pero igualmente cruel. En 1979, en su

cuarta carta pastoral escribió: “El diálogo nacional es una necesidad”.

Ahora, con la experiencia de estos últimos 20 creo que debemos hacer mucho más por la paz, y preguntarnos por qué paz deben trabajar las Iglesias.

a) Los acuerdos de paz fueron necesarios para detener la guerra, pero la amnistía, útil para posibilitar un mínimo de convivencia, fue precipitada en el tiempo y, sobre todo, en su enfoque. No buscó caminos humanizadores de reconciliación. Y no hizo desaparecer, sino que reforzó, la cultura de **impunidad** con que opera la espantosa violencia imperante. Junto a ello que tener en cuenta lo que dice el Nuevo Testamento “la raíz de todos los males es la ambición del dinero” (2Tim 6, 10). Persiste la ambición por acumular capital, y ahí también actúa la impunidad. Contra ello deben luchar las iglesias.

b) Terminó el conflicto bélico, pero no la violencia masiva y cruel. Hemos llegado a **más de 4,000 homicidios** al año. En los órganos del estado hay incapacidad o incompetencia para ponerle fin. Y con excepciones, los partidos, los medios, la banca, la empresa privada, tampoco el conjunto de universidades e incluso iglesias -éstas normalmente por omisión- se desviven por frenarlo. El cristianismo al menos debe denunciar la epidemia del homicidio.

c) Aducir que el posible enjuiciamiento de los militares hace peligrar el proceso de pacificación es **falacia** interesada, que no constata lo que ocurre. El cristianismo urge a la honradez con lo real. Honrado era Monseñor Romero en muy largas homilías. “Los asesinatos, las torturas donde se queda tanta gente, el machetear y tirar al mar. Esto es el imperio del infierno” (1 de julio, 1979). Y escribió cartas pastorales, la tercera con Monseñor Rivera, analizando las causas de la violencia y promoviendo el diálogo por la paz. Estas cartas pastorales eran largas, pues larga era la magnitud del horror, bien fundamentadas racional y evangélicamente, pues irracional y antievangélico era el horror. Hoy son hoy muy necesarias. Y tienen mayor eficacia cuando son expresión de todo un cuerpo eclesial cohesionado, junto con reuniones del clero, religiosos, laicos. Y son expresión de todo un cuerpo cristiano, ecuménico, de las Iglesias que, entre todas, forman la Iglesia de Jesús.

d) Y Monseñor analizó también qué es “paz” para no convertirla en un vocablo vacío ni grito mitinesco, no sea que los que decimos “paz, paz, paz” escuchemos las recriminaciones de Jeremías a quienes se les llenaba la boca diciendo “Templo de Jerusalén, Templo de Jerusalén, Templo de Jerusalén”, pretendiendo esconder así sus fechorías. Digamos, por ello, una breve palabra sobre la “paz” desde un contexto cristiano.

En navidad los cristianos cantamos “paz en la tierra



Padre José Ma. Tojeira, Mons. Gregorio Rosa Chávez, Obispo Martín Barahona, Obispo Medardo Gómez, Padre Jon Sobrino.

a los hombres de buena voluntad” (*epi ges eirenen en anthropois eudoxias*). El evangelista Lucas escribía en griego, y para decir “paz” usó la palabra *eirene*, que significa ausencia de violencia, de guerra. En el país hoy ya no hay violencia bélica, pero no existe la *eirene* griega, pues los homicidios continúan por miles.

Pero sobre todo hay que estar claros en que lo que san Lucas tenía en mente era el *shalom*, paz en hebreo, la vida de todos, en la que participan los pobres y pequeños, basada en la justicia y la verdad, la solidaridad y la reconciliación, lo que fructifica en fraternidad y gozo. Y en eso las iglesias deben seguir insistiendo, aunque no se les preste oído. El salmo dice “la paz y la justicia se besan” (85, 11). “La paz es fruto de la justicia”, decía Isaías (32, 17). Pablo VI lo recordó. Y en ello insistió Monseñor Romero, en la homilía del 31 de diciembre de 1977: “una paz que se construye en la justicia, en el amor y en la bondad”

En el país no existe el *shalom*. Sin trabajar por ello es simplismo, al menos en ámbitos cristianos y eclesiales, dialogar la ausencia de violencia. Monseñor Romero captó con lucidez la intuición bíblica. Bueno es el diálogo, pero solo el diálogo no garantiza la paz. Sin la justicia, “la violencia se institucionaliza y por ellos sus frutos no se hacen espera”. Y no hay *shalom*.

De lo que sí sabemos en el país es de la *pax romana*, es decir, el sometimiento impotente y resignado que imponía el imperio romano, y que imponen los imperios, militares y económicos hasta el día de hoy. Por cierto imperó en El Salvador más despiadadamente hasta que los campesinos tomaron conciencia y se organizaron. Bien lo entendió Monseñor Romero, y se alegró. Reconociendo sus limitaciones, errores y ambigüedades lo declaró “un signo de los tiempos”. Contra esa *pax romana* el cristianismo tiene que luchar.

3. Quiénes “acuerdan” la paz y construye el shalom

Los acuerdos de paz fueron firmados por políticos, que representaban a sectores de la sociedad que se habían convertido en “bandos”, políticos y miliares. Y por ello merecen agradecimiento. Pero para ver quiénes “acuerdan” en verdad que haya paz, y quiénes quieren construir *shalom* hay que mirar a otros lugares. Las siguientes reflexiones quizás ayuden a comprenderlo. En cualquier caso, el cristianismo puede aportar algo importante.

a) Monseñor Romero, no sólo habló de la violencia, sino dijo de que “se provoca el enfrentamiento entre los campesinos”, a lo que llamó “trágico espectáculo”. Y añadió. “Lo más grave es que no son -únicamente o fundamentalmente- ideologías las que han logrado desunirlas y enfrentarlas. No es que los miembros de esas organizaciones piensen en su mayoría de forma distinta sobre la paz, sobre el trabajo, sobre la familia. Lo más grave es que a nuestra gente del campo la está desuniendo precisamente aquello que la une más profundamente: la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares” (Tercera Carta Pastoral 33).

Hacer “acuerdos” sobre estas realidades no debería ser difícil porque hay unanimidad basada en lo biológico y primario, no en lo superfluo e ideológico. Los campesinos se apuntaron a “diversos” bandos porque pensaron que así podrían vivir.

De ahí también el horror que transmitieron las últimas palabras de Monseñor a los miembros del ejército. “Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos” (*Homilía* del 23 de marzo, 1980).

b) La opción preferencial del cristianismo no consiste en elegir entre las diversas formas del estar debajo en la historia. Su opción fundamental es elegir lo que

está “abajo”. En el lenguaje que ya se ha hecho convencional, aunque siempre difícil de poner en práctica, es “la opción por los pobres”. Esa opción, o la contraria, sabiéndolo o sin saber, la hace toda criatura. Es la opción de Dios: “Por el mero hecho de ser pobres, Dios toma su defensa y los ama”. Si queremos “acordar” paz y construirla tenemos que defender a los de abajo, optar por ellos.

c) Esto significa introducir parcialidad en el concepto mismo de la gestión de la sociedad, aunque suene escandaloso y antidemocrático. “La justicia del rey no consiste primordialmente en emitir un veredicto imparcial, sino en la protección que se preste los desvalidos y a los pobres, a las viudas y a los huérfanos”, dice Joachim Jeremías hablando del rey justo que esperaba el pueblo en el Antiguo Testamento.

d) Según lo dicho, las mayorías pobres no son sólo víctimas, sino también principios de vida pueden “acordar” el *shalom*. La ideología marxista lo dice a su manera, pero también se puede decir cristianamente.

Ellacuría dijo de las mayorías populares que son la continuación del siervo de Yahvé, el siervo de Dios, lenguaje que todos los que estamos aquí entendemos. Ese siervo, por un lado, es el pueblo crucificado, “víctima del pecado del mundo”. “Ustedes”, dijo Monseñor Romero a los campesinos de Aguilares”, son el divino traspasado” (19 de junio, 1977). Y hay que bajarlo de la cruz. Pero, cosa que se suele olvidar, ese siervo de Dios también “trae salvación”. Sólo una cita de Ellacuría de 1978.

“Hay signos de que los pobres son evangelizadores, son salvadores. La espléndida experiencia de las comunidades de base como fermento de renovación de la Iglesia y como factor de transformación política, el ejemplo no puramente ocasional de “pobres con espíritu”, que se organizan para luchar solidaria y martirialmente por el bien de sus hermanos, los más humildes y débiles, son ya prueba del potencial salvífico y liberador de los pobres”.

En ese país vivimos y en él se mueven las iglesias cristianas. Ojalá hagamos “acuerdos de *shalom*”, acuerdos de cristianismo entre todas las iglesias y movimientos para ponerlo mejor en práctica. Así funcionarán mejor los acuerdos de paz, el *shalom*, la vida de los pobres.

Jon Sobrino
11 de enero, 2012



Miguel Cavada Diez

Palabras sobre monseñor Romero y los mártires

Foto wordPress.com



El gran número de textos en que monseñor menciona el martirio y reflexiona sobre él y la riqueza teológica de los mismos, leídos y reflexionados veinte años después, es realmente impactante y nos puede ayudar a la reflexión teológica y vivencia en la fe en la actualidad.

De los textos de monseñor impresionan varias cosas. Una es la libertad de espíritu con que monseñor habla de los “mártires” actuales, más allá del derecho canónico y de teologías oficiales. La otra es el aplomo con que habla de una realidad tan trágica como es el martirio. Por último impacta la lucidez y generosidad con que enfrenta existencialmente el martirio, tanto el de su pueblo como el suyo propio.

Monseñor Romero (1) no duda en reconocer como mártires a las víctimas de la violencia en El Salvador (2) pide que se respete y se celebre su memoria (3) afirma que la persecución es una nota característica de la verdadera iglesia y (4) une el martirio de la iglesia al martirio del pueblo. Citemos dos textos sobre el pueblo crucificado.

“Sentimos en el Cristo de la semana santa, con su cruz a cuesta, que es el pueblo que va cargado también su cruz, sentimos en el Cristo de brazos abiertos y crucificados, al pueblo crucificado; pero que, desde Cristo, es un pueblo crucificado y humillado que encuentra su esperanza” (Homilía 19/03/1978).

“En Cristo encontramos el modelo del liberador, hombre que se identifica con el pueblo hasta llegar los intérpretes de la Biblia a no saber si el siervo de Yahvé, que proclama Isaías, es el pueblo sufriendo o es Cristo que viene a redimirnos” (Homilía 21/10/1979).

